

Samsa Rules

Waldo Contreras López



Diáodoro despertó un día con mucho miedo de ser hombre. Quiso sentirse mujer y no pudo. Los pelos del pecho frente al espejo reflejaron lo horrible que es eso de ser lo que se dice “un ente tan varonil”. Además, ¿qué pensaría su esposa de una idea como esa? Eso lo puso en un estado existencial muy triste. Se pasó todo el día queriendo sentirse nada pero un latido dentro del cuerpo lo dejó pensando que la nada es cosa imposible, que el tiempo corre y que él no podía conseguir ser cualquier cosa menos hombre. Por la noche decidió sentirse cucaracha. Se quedó dormido algo más tranquilo pues ninguna fibra lo incomodó con esa nueva idea del existir.

Al otro día se encontró con el hecho de que era, pues, una enorme, brillante y reptante cucaracha. Se solazó con el hecho de pasear por las paredes, meterse a seis patas por debajo de los muebles y ponerse a explorar las cañerías. Además, le encantó el olor que su cuerpo exoesquelético despedía: un aromita medio repugnante. Por la tarde, cuando el vapor se desprendía de la tierra, paseó dentro del cubo de ropa interior de su esposa y ahí se puso a parir un huevo, dos, tres. Qué belleza.

Un par de horas después, cenó algo rico del bote de basura hasta hartarse y se fue a la cama para darle a su compañera de vida la buena nueva. Reía a carcajadas sacudiendo sus alas nomás de imaginar los rincones eróticos a los que sería capaz de llegar a la hora del sexo. La noche cayó y la alcoba quedó a oscuras. En esos momentos quiso cantar de felicidad una elegía a los hombres pero se dio cuenta que la voz se le había ido y unos pelos raros y duros como púas le habían brotado en las seis patas, además de unas largas y brillantes antenas que le salían de la cabeza. De verdad que se estaba transformando en un blátido a toda ley.

Algo compungido, Diáodoro se dispuso a esperar a la autora de su segundo nacimiento en el mundo humano. La escuchó llegar una hora después. Abrió Francis la puerta y encendió la luz. Ese momento para Diáodoro fue casi mortal, le ardió todo el cuerpo y el aire se le fue. Algo raro le hizo girar el cuerpo quedando patas arriba. Vio, entre la bruma intensa de la lámpara incandescente, a su esposa gritando de horror mientras se quitaba una zapatilla y emprendía contra él una cacería implacable. Aleteó y sacudió su cuerpo con todas sus fuerzas hasta que una púa de sus patas se enganchó a la sábana y fue así como pudo quedar otra vez en posición favorable. Apenas tuvo tiempo de gritar de alegría por el éxito de su lucha, cuando Francis lanzó su primer y feroz ataque. El impacto del zapato provocó un pequeño estampido de aire al mismo tiempo que aleteaba. Fue así como se dio cuenta que podía volar. Su esposa se puso entonces a aullar de miedo mientras él, mirándola con burla, volaba y volaba pero lo hacía tan mal que sin darse cuenta entró al cuarto de baño para caer, sin quererlo o calcularlo, dentro del excusado el cual, para su mala suerte, no contenía nada de qué asirse para emprender de nuevo el vuelo. Vio a Francis acercarse en absoluto silencio formando en el umbral una enorme sombra, terrible, amenazante, para luego asomarse dentro de su acuática prisión. La escuchó reír ahora a carcajadas y repetir con un mantra: “Estúpida y sensual cucaracha, estúpida y sensual cucaracha”, mientras un brillo antiquísimo de exterminio le pulsaba en los ojos. Entonces, Diáodoro comprendió que su suerte estaba echada: la gigante se inclinó para jalar la palanca del drenaje. Qué poco le duró el gusto. Deseó que todo fuera una pesadilla. Deseó dejar de ser, no con una muerte espantosa, como divagaba la noche anterior, si no dejar de ser una cucaracha así como había dejado de ser un hombre hacía ya varias horas. Su esposa se inclinó aún más; sus enormes pechos colgaban pletóricos asomando al borde de su blusa estampada con flores. Deseó con todas las fuerzas volver a ser lo que hubo sido, con todas las vicisitudes que ello implicó: un hombre que recorre erótico los pliegues de esa carne a pesar de su poco alcance, que se acurruca y se prende goloso por las noches de ese par de mamas, de ese par de labios que repiten sonrientes: “estúpida y sensual cucaracha, estúpida y sensual cucaracha”.

El rostro de su verdugo comenzó a girar, a girar, a girar, a girar, mientras poco a poco se desvanecía en una transparencia húmeda; luego, la oscuridad extendió su reinado sobre todo para dar paso a la más infinita de las nadas.